HOMILÍA POR LAS VÍCTIMAS DE LOS ABUSOS SEXUALES

Querida familia:

Estamos hoy aquí reunidos, en esta Eucaristía en la que pedimos por las víctimas, en la que pedimos perdón, en la que queremos comprometernos con las víctimas, con nuestra cercanía, respeto y un profundo dolor por vuestro daño.

Estamos aquí con profundo dolor por el daño que habéis sufrido. Un daño enorme, unas heridas ocasionadas por los abusos, pero también por nuestros silencios, por nuestra falta de cercanía, de escucha y de compasión.

Nos ha faltado compasión. Compasión entendida como padecer con vosotros, compartir, hacer nuestro vuestro sufrimiento. Nos ha faltado ver en vosotros a una persona cuya dignidad es sagrada. Sois lugar sagrado al que debemos respetar. Al no respetarlo, os hemos herido aún más.

Hoy, ante vosotros y vosotras, me siento pequeño. Me sé pequeño. Y quiero acercarme desde el respeto, desde la humildad y desde el reconocimiento de vuestra dignidad, que nunca debió ser vulnerada.

Precisamente es esto lo que tratan las lecturas de hoy.

Vemos cómo Dios se nos presenta como el Dios que cura los corazones desgarrados, que declara la libertad, la vida, a los que se sienten encarcelados, encerrados en el dolor. Declara la vida, la libertad, a los que se encuentran en la cárcel, en el sepulcro de la vida.

En el Evangelio encontramos a Jesús que ama intensamente, que siente, hace suyo el dolor de los que sufren, que llora con los que lloran. Llora ante la muerte de su amigo Lázaro.

Este texto es maravilloso, consolador.

Jesús quiere sanar de la muerte. Le ordena a la comunidad, les da un mandato: *"Quitad la losa"*. Ellos no quieren retirar la losa del sepulcro. Tienen miedo, no quieren ver la muerte, no quieren acercarse al olor de la putrefacción. Cristo SÍ quiere. Cristo ama sin medida, por eso es capaz de oler, de tocar la muerte, el dolor.

Cuando retiran la losa que cubría el sepulcro de Lázaro, Jesús exclama: *"Lázaro, sal afuera"*. Y Lázaro volvió a la vida. Sanó de la muerte. *"El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario"*. Había vuelto a la vida, pero aún estaba marcado, señalado por la muerte. Sus marcas, sus heridas, aún estaban presentes por las vendas, por las ataduras, por el sudario.

Por eso viene ahora un momento maravilloso: el mandato de Jesús: *"Desatadlo y dejadlo andar"*. Cristo quiere hacer partícipe a la comunidad. La comunidad tiene que implicarse. Debe *"desatadlo"*, pero, a la vez, darle libertad: *"dejadlo andar"*.

Veis, Cristo ve vuestro dolor, lo hace suyo. Las víctimas decís que el niño que estaba destinado a ser murió, que arrastráis ese niño muerto en vuestra vida. Cristo llora esa muerte, ese dolor. Lo comparte, lo hace suyo. Porque lo comparte, porque lo hace suyo, dice a la comunidad, a nosotros: *"Quitad la losa"*.

Nosotros nos hemos resistido, como en el Evangelio, no queríamos retirar la losa. La Iglesia, la familia, los amigos, no queríamos ver la muerte, vuestras heridas. **¡¡¡Perdonad!!!** Cristo sí, siempre. Él ha seguido clamando: *"Quitad la losa"*. Y la estamos quitando, la queremos seguir quitando.

Cristo sigue salvando de la muerte. Con voz fuerte, pero tierna. Con voz amorosa sigue diciendo: *"Lázaro, sal afuera"*. Pedro, Juan, Mercedes, Gloria, Antonia, a todos os dice: *"Sal afuera"*.

"Desatadlo" nos dice a nosotros. Vosotros, vosotras, aún portáis los signos de la muerte. Os sentís atadas las manos y los pies. El rostro cubierto por un sudario. Seguís viendo a través del sudario, del dolor.

La comunidad debe acercarse con profundo respeto: *"Dejadlo andar"*. Desatando primero las manos, lentamente, sin herir, para que podáis volver a tener equilibrio en vuestra vida. Progresivamente, los pies, con profundo respeto, para que podáis andar con libertad. Sin que dirijamos vuestras vidas. Por último, el sudario, para que, a la vez que comenzáis a andar, podáis volver a ver la vida. Una vida distinta, que hay que aprender a vivir.

Lázaro volvió a la vida, sí, pero él ya había pasado por el duro trance de la muerte. Volvió a la vida, pero con la cicatriz de la muerte. Lo vivido no puede desaparecer, pero sí se puede volver a aprender a vivir. Nosotros tenemos que aprender a respetaros profundamente.

Ojalá que hoy, cuando nos acerquemos a Jesús en el momento de la comunión, encontremos al Dios que es. El Dios que se compadece, que hace suyas nuestras vidas, vuestras vidas, que llora, que ama, que sana… Ojalá que hoy, al alimentarnos de Él, comencemos a vivir como Él, en Él, amando, llorando, sanando las vidas unos a otros.

Que así sea.